

XVI.

No se acostaban en el dormitorio de las demás pequeñas pensionistas: tenían para ellas dos celdas vacías por la muerte de dos antiguas reclusas del convento, á continuación de las celdas de las religiosas. Los dos cuartitos solo estaban separados por un muro; se citaban en la terraza, encima del cláustro, de modo que, si las llaves de las puertas de sus celdas, que daban al corredor, hubiesen sido retiradas cada noche por la superiora, Clotilde y Regina no hubieran tenido más que abrir las

ventanas y dar tres pasos, á pie desnudo, sin ruido, sobre las losas, para pasar de un lado al otro y prolongar mucho tiempo en la noche las lecturas, las conversaciones ó los delirios que las habían ocupado durante el día.

La orden de la casa las obligaba á acostarse á las ocho hasta en el verano, en el momento en que la luna y las estrellas dan más atracción al espectáculo del firmamento y en que la brisa refrescante que sopla á aquella hora de la garganta de Túsculum, de Laricia ó de Tibur, empieza á hacer temblar los capiteles.

Era precisamente la hora en que las almas de las dos jóvenes amigas comenzaban á despertarse y á agitarse después del atareamiento de las horas abrasadoras del día, y en el que experimentaban la necesidad de respirar á la vez los ruidos de las hojas, los

murmillos de las fuentes, aquellos desvaríos á duo, aquellos deliciosos diálogos á media voz que duplican la vida reflejándola.

Así, casi todas las noches, tan pronto como las religiosas encerradas en las celdas vecinas habían acabado las últimas decenas de sus rosarios y extinguido la lámpara de su reclinitorio, una de las dos amigas se levantaba dulcemente, empujaba sin ruido su ventana y pasaba á la celda de su amiga que estaba aguardando. Allí, sentadas una y otra sobre el borde de su lecho ó sobre el umbral de la ventana, frente á las paredes negruzcas que limitaban las sombras divididas del jardín, bajo la bóveda estrellada del cielo, al ruido eterno de la fuente murmuradora, dejaban sonar, sin escucharlas, en las iglesias vecinas, las horas de aquellas tan plácidas noches.

XVII.

DE qué no hablarían , en voz baja!
De su cariño siempre creciente de
la una para la otra, de la necesi-
dad incesante de verse y volverse á ver, de
su pena cuando la regla de la casa ó las ocu-
paciones del día las había separado un mo-
mento, de la semejanza tan completa de sus
impresiones, que parecían nacer en dos co-
razones y en dos miradas de un solo pen-
samiento, de sus estudios, de sus poetas, de
su música sobre todo, que les gustaba mu-
cho más que los versos, porque las notas

más sutiles dicen más de infinito y pasión que las palabras; del cielo, de las estrellas, de las grandes cúspides de los cipreses que hacían volver lentamente sus largas sombras alrededor de sí mismos, como las agujas del cuadrante que mide el tiempo sobre la arena; de los campos libres, de los desiertos poblados de ruinas, de las soledades ocultas por encinas y cascadas espumosas, escondidas por las grandes murallas detrás de las defensas de Roma; de las quintas de su infancia, hacia Albano ó Frascati; de la felicidad de encontrarse allí un día juntas en la época en que los vendimiadores y las vendimadoras de Ytri ó de Fondi, bailan volviendo de los caminos, donde van á dormirse á los aires napolitanos de los «peferari» (gaiteros); en fin, de sus familias, de sus padres, de sus nodrizas, de sus patrias tan alejadas la una de la otra, de las tempestades

y de las nieves del Océano, de Inglaterra y de Bretaña, de los castillos rodeados de torres góticas de aquellas provincias, tan diferentes á la eterna serenidad de las quintas abiertas por todos los poros al sol de las colinas romanas.

Estas conversaciones no cesaban nunca y seguían, por decirlo así, al monótono derrame y murmullo melancólico del Aqua Paulina, que resonaba en el pilón de mármol. Sus cabezas, vueltas la una hacia la otra, sus hermosos brazos entrelazados ora sobre las rodillas de la una, ora sobre las de la otra, los bucles flotantes de sus cabellos esparcidos en sus hombros semidesnudos por las bocanadas del viento de la noche que acariciaba la terraza, hacíaslas parecer á dos hermosas cariátides de mármol blanco, acurrucadas bajo el balcón de una quinta romana, sobre las cuales resbala la hoja, espésese ó aclárese la

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO G. VES"
-ca. 1025 BOURVET, BARRIS

sombra, y cae el rocío durante toda una noche de verano.

Debían, aquellas noches, haberlas impresionado mucho, puesto que Regina, tres ó cuatro años más tarde, y algún tiempo después de la pérdida de su amiga, no cesaba de recordarlas y pintármelas en un lenguaje mil veces más sonoro que el mío y más penetrado de aquellas emanaciones de la tierra, del cielo y del corazón.



BIENHECHOS DE ESPAÑA
BIBLIOTECA NACIONAL
"ALFONSO XIII"
CALLE DE MONTECARMEN, 15.

XVIII.

QUIZÁS también estas conversaciones nocturnas y secretas con su amiga le habían impresionado tanto que vinieron á ser la causa y el origen de su amor y su destino.

Se concibe que los pensamientos de las dos reclusas debieran fijarse en efecto, á menudo, hacia sus dos familias. Regina no conocía de la suya más que á su abuela, en cuyo palacio habia sido criada por***, á su nodriza, á su tutor, al principe *** y algunos abates ó monseñores, parientes y abonados

de su casa, que frecuentaban en Roma ó en *** los salones de la condesa Livia. Pero Clotilde tenía un padre, una madre, un hermano, sobre todo, compañero y amigo de su primera niñez, ahora desterrado de su primera patria. Adoraba á este hermano, hablaba de él sin cesar á su amiga, que no dejaba nunca de hablar también y recordarlo. Quería saber su edad, su figura, su talla, sus facciones, su carácter, el color de sus ojos y cabellos, hasta el timbre de su voz y costumbres de sus gestos.

Clotilde la decía:

—No tengo necesidad de hacerte y verte á hacer sin cesar su retrato. Mírame: nunca la naturaleza ha hecho dos seres más perfectamente parecidos de rostro, de corazón y de alma, que mi hermano y yo. Hemos sido llevados en el mismo seno, por la misma madre, casi al mismo tiempo, en

medio de los mismos pensamientos de desgracia, proscripción, destierro, que ablandaban y entristecían el mismo corazón; hemos nacido en los mismos climas nebulosos, á orillas y con el ruido de las tempestades del mismo Océano; hemos caminado juntos en las mismas cunas. Sobre las mismas olas, buscando y perdiendo uño después de otro los mismos asilos, hemos estado después juntos en los mismos palacios y en las mismas quintas de Roma; vueltos á nuestra tercera patria, hemos crecido juntos, como dos plantas del Norte trasplantadas al Mediodía, y se han dilatado nuestros cuerpos, nuestros ojos y nuestras almas, á la luz de tu hermoso sol; sin embargo, hemos alimentado siempre unidos los recuerdos lejanos de nuestros primeros cielos y primeros infortunios, conservando, uno y otro, algo triste y frío de Bretaña, en la irradiación exterior de tu Italia. Roma-

nos por los sentidos, bretones por el corazón, tibios como nuestro nuevo cielo, severos como nuestro antiguo sol, pensativos como las noches, graves como nuestras brumas, hé aquí á mi hermano y á mí interiormente vistos. Cuanto al exterior, á lo menos cuando tenía diez y seis años en que partió hacia Bretaña, si se hubiera, puesto mis vestidos y yo los suyos á nuestra misma madre la hubiese costado trabajo el reconocernos. Yo era su sombra y él mi espejo. Pero ahora la edad habrá debido cambiarle algo. ¡Dios! quisiera verle sobre su hermoso caballo negro y con sus armas, que él me escribe con tan vivas descripciones, con ese entusiasmo militar de nuestros bretones para su nuevo oficio.

—¡Y yo también—decía Regina,—quisiera verle!—Paréceme que será á ti á quien yo vea, le amaré como á ti te amo, le ha-

blaré como á ti, y tendré igual intimidad con él que contigo.

Y las dos amigas se abrazaban y se ponían á reir y á pensar bajito, por miedo de que el ruido de aquellas conversaciones no despertase á las religiosas.



XIX.

LA verdad, según me ha dicho después Regina, cuando hubo llegado á sondear su corazón, es que adorando á Clotilde amaba ya á dos seres, sin duda alguna, á su amiga y al hermano de su amiga, confundiéndose en su imaginación de tal modo que le era imposible separar las dos imágenes, ¡tan potente es en una imaginación solitaria que no se alimenta más que de una sola idea y de un solo sentimiento, la repercusión continua de un solo sér amado en su corazón! Regina desdoblaba en

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

su pensamiento á su amiga para amarla más, amando á su hermano en ella, y aún al hermano ausente! Jamás hubiese creído en este fenómeno que desdobra y dobla el sér amado, y le habría tomado por una concepción imaginaria de poeta, si yo mismo no lo hubiera visto en el alma de Regina.



XX.

Dos años pasaron así para las dos compañeras de soledad sin variar en nada su existencia, creciendo diariamente el cariño que se tenían, desarrollando su alma, acabando y madurando su hermosura. Clotilde llegaba á los 18 años, y Regina á los 16. La muerte de la madre de Clotilde, á continuación de su apática enfermedad, hundió á su hija en un dolor pesado y lento que la consumió en los brazos de Regina. La noticia de la pérdida de su padre y la ausencia forzada y prolongada de

su hermano acabaron de evaporar una vida que se había concentrado en estos tres pensamientos, y que no estaba asida á la tierra más que por una raíz. Esta iba á ser cortada también. Anuncióse en el convento que Regina iba á salir para ser entregada en matrimonio al príncipe***, pariente y amigo de su tutor.

En efecto, la condesa Livia se presentó allí para retirar á su nieta y llevarla algunos meses con ella á su quinta de F... Las dos amigas no podían separarse de los brazos de una y otra. Regina juraba á su abuela que prefería hacerse «monja» para el resto de su vida, al dolor de dejar por mucho tiempo á su amiga enferma. Se le prometió que la ausencia no sería larga, que el matrimonio se aplazaría hasta dentro de dos ó tres años. Fué arrebatada, casi á la fuerza, por la Condesa Livia, por sus criadas y por su nodriza.

Las puertas del convento se volvieron á cerrar para la pobre Clotilde. Su celda le pareció una noche fúnebre, una tumba anticipada, un silencio eterno, tan pronto como el destello, la vida y la voz de Regina hubieron desaparecido. En los primeros días de Noviembre su languidez redobló, la fiebre se apoderó de ella, sus mejillas se colorearon por primera vez con las tintas del sol poniente sobre las hojas transidas del cerezo; espiró llamando á su amiga y á su hermano. He visto su tumba, con el nombre francés desterrado en la muerte, en medio de todos aquellos nombres de religiosas ó novicias del Estado romano.



XXI.

REGINA, á quien se había querido evitar aquel espectáculo y la desesperación, no supo sino poco á poco, y mucho tiempo después que no existía ya, la muerte de su querida Clotilde. El ímpetu de su dolor se manifestó en gritos y sollozos que hicieron temer por sus días. La primera explosión del primer dolor, en un alma donde todo sentimiento era arrebato, faltaba poco para llevar la vida misma. Su abuela se vió obligada á enviarla á Nápoles para contener el llanto de sus ojos y para

distraer su alma de la fuerza de un solo pensamiento por la diversidad de aspectos y por la agitación de las estancias y de las horas; pero no vió nada más que la imagen de Clotilde entre ella y la naturaleza. Su sudario estaba extendido sobre la tierra y sobre el mar. El mundo entero no contiene nunca más que aquello que se ve interiormente. Tuvieron los suyos largas y serias inquietudes; pero su juventud y su savia de vida superabundante y siempre renovada, que nada podía corromper ni agotar, triunfaron sobre su espíritu. Venció y aun embelleció con el luto, que quería llevar, como por la pérdida de una hermana.

Cubrióse, como de reliquias de cariño, con todas las alhajas, los cabellos, las obras de mano que Clotilde había cambiado con ella durante su larga y tierna intimidad del convento. Collares, brazaletes, pendientes,

anillos, hebillas, broches, coral ó perla, aún existía Clotilde en sus cabellos, alrededor de su cuello, su pecho, sus brazos, sus dedos; aún existía Clotilde, sobre todo, en su corazón. Había mezclado este nombre como un talismán á su rosario; le pronunciaba en todas sus oraciones, como una invocación idólatra de alguna criatura divinizada que se le hubiera aparecido sobre la tierra al principio de su peregrinación, y tuviera una influencia celeste en su destino. Clotilde era el «sursum corda» perpetuo de aquella joven. Su abuela, tan sencilla como llena de bondad, no contrariaba ninguno de los caprichos del dolor, asociábase á todas aquellas prácticas del culto, á la memoria de la amiga tan adorada de su hija, y hacía decir centenares de misas en todas las capillas por el reposo del alma de la infeliz joven francesa, que ninguna madre ni hermana llorarían en su patria.